



ENTREVISTA

ENTREVISTA CON RALF DAHRENDORF

Giancarlo BOSETTI

En *El conflicto social de la modernidad*, de próxima publicación en español, el conocido sociólogo alemán Ralf Dahrendorf sintetiza un intenso trabajo teórico y político alrededor de los temas que motivaron esta entrevista. Aquí se sostiene que entre crecimiento y prosperidad, por un lado, y derecho de ciudadanía, por el otro, hay una contradicción difícil de compatibilizar. Para resolverlo es preciso un cambio estratégico que desintegre la ofensiva neoconservadora, con sus pesados costos sociales. Dahrendorf considera que la «cultura de la adición» que la sustenta, con su enfática propuesta de enriquecimiento a cualquier precio, ha puesto en dificultades a la izquierda en el plano mundial. El cambio supone entonces una profunda renovación de

esa izquierda y en particular de algunos partidos socialistas proclives a aceptar el discurso neoconservador. Pero el horizonte político y social del mundo se presenta cargado de incertidumbre y también de riesgos para encarar la renovación de la cultura de izquierda. La crisis y el fracaso del «socialismo real» nos colocan ante los interrogantes suscitados por Norberto Bobbio en un artículo publicado hace poco tiempo: ¿quién tomará a su cargo las demandas de justicia social de las que surgió el movimiento comunista hace ya un siglo y medio? Las reflexiones de Dahrendorf, con sus elementos típicamente liberales, se mueve en una dirección análoga a la de Bobbio: nuevas oportunidades se presentan, pero junto con ella aparecen nuevas incógnitas.

—Comencemos por el estado de las cosas en los países de Europa occidental. Usted ha individualizado como algo central el conflicto entre *thatcherismo* y derechos de ciudadanía, entre lo que llama *provisions* (crecimiento, acumulación de bienes y recursos) y *entitlements* (derecho de acceso a estos bienes). Después de las elecciones europeas, ¿cómo juzga el campo de batalla entre estos contendientes?

— Pienso que las elecciones europeas confirman mi impresión en el sentido de que el clima de los años noventa será muy distinto del de los años ochenta. En el próximo decenio habrá una insistencia mayor sobre los derechos sociales de ciudadanía, pero —y esto es importante— no como un hecho que excluye el crecimiento económico sino como una combinación con él, porque los partidos a los que les ha ido bien, o mejor dicho la mayor parte de los partidos a los que les ha ido bien, no están efectivamente opuestos a lo que yo llamo *provisions*, o sea, a la prosperidad, sino que quieren dar a la prosperidad un contenido social, una plataforma de acceso para todos los ciudadanos. Además existe de manera indiscutible una cuestión de importancia mayor sobre todas las otras: la del ambiente, que es por eso uno de los campos de batalla, si es que queremos utilizar este término; se trata de una cuestión mundial que interesa a los seres humanos de cualquier lugar que sea. Pero en términos sociales pienso que estamos entrando en un período en el cual el *thatcherismo* grosero de los años ochenta no ganará más en las elecciones. Esta me parece que es la lección principal.

— En un razonamiento de los años noventa entra la crisis de los sistemas de los Estados del socialismo real. ¿Cuál ha sido su reacción ante los acontecimientos chinos y cómo juzga la evolución política de los otros países del Este, desde Moscú hasta Varsovia?

— Obviamente, mi primera reacción ha sido una reacción pura y simplemente de horror y de *shock*. Horror por el hecho de que existan líderes capaces de movilizar el ejército contra el pueblo, contra gente que es naturalmente pacífica hasta en situaciones límite. Es verdad que, después que el ejército comenzó a disparar, existió violencia de ambas partes, pero no hubo provocación alguna que pudiese servir como excusa. Esta es mi primera reacción, pero, hablando más profundamente, son necesarias consideraciones más complejas. Si es verdad que el socialismo realmente existente fracasó de manera evidente, esto sucedió de dos modos: en primer lugar no fue capaz de producir los avances económicos que había prometido, y en segundo lugar no dio a la gente los derechos de participación, cuya exigencia se pregonaba, y que en estos países ha sido frecuentemente llamada democracia. Por lo tanto ni la prosperidad ni la democracia. Y todo esto lleva a un gran vacío, a una gran *vacuum*. A la pregunta respecto de cómo salir de esta crisis las dos respuestas que se han dado hasta ahora son ambas en alguna medida insatisfactorias. Una es la china, la que dice lo siguiente: «Todo va bien: usamos el mecanismo de mercado para generar crecimiento, pero hemos limitado los derechos políticos». Sin embargo, hemos visto que esto no funciona, porque una vez que se anima la gente a participar en la vida económica, ésta reivindicará por la fuerza los derechos políticos y la democracia. El otro método es el usado por Gorbachov, que consiste en decir: «Todo va bien, otorgamos los derechos políticos, un cierto grado de democracia y esperamos que el desarrollo económico prosiga». Pero aun así, desdichadamente, esta elección parece no funcionar en el plano económico. No hay una reacción económica automática a la ampliación de los derechos políticos; y hay que mirar con un cierto grado de miedo y de aprehensión las reacciones de los ciudadanos soviéticos ante la persistente e insostenible situación económica. Por lo tanto, el socialismo realmente

existente ha fracasado tanto en el plano de la prosperidad como en el de la democracia, pero las alternativas no son todavía claras.

— **La fase de crisis y la transición de estos países, con sus incógnitas y esperanzas, se refleja en toda la situación mundial. ¿Cómo podemos imaginar el próximo acto, aquel en el cual estamos entrando?**

— Desdichadamente lo primero que debemos considerar es que el fin de una ideología determinada no significa necesariamente que de inmediato comience el reino de la libertad. Existen otras alternativas a las creencias de ayer. Y una de las alternativas que me preocupa muchísimo es, en el sentido más amplio de la palabra, el fundamentalismo. Estamos ante variantes del fundamentalismo en muchas partes del mundo. En el Tercer Mundo existen ejemplos de países que han dejado de creer en el socialismo y que han abrazado una suerte de fundamentalismo tradicional y de tipo religioso. En el segundo mundo, el del socialismo realmente existente, el fracaso parece haber suscitado el fantasma de los movimientos nacionalistas, también ellos antiliberales. Y en nuestra parte del mundo, desdichadamente, vemos en los márgenes de la sociedad el retorno de nacionalismos y de reivindicaciones de homogeneidad. Es el caso de Le Pen en Francia, de los *Republikaner* en Alemania y de otros fenómenos análogos en distintas partes. El punto que quiero destacar es éste: no nos hagamos ilusiones, pues no existe un recorrido automático hacia un mundo *liberal*, en el sentido más amplio de la palabra. Pero dicho esto, lo que debemos hacer es asegurarnos que se concrete la oportunidad de una política de cambio estratégico, o sea de una política que acepte las ventajas y los progresos del mercado, pero que agregue los progresos y las ventajas de la ciudadanía. Es esta combinación la que a mí me parece que es la tarea, y no una consecuencia automática, de los años noventa.

— **Las elecciones en Polonia, que han mostrado el nivel real de consenso del partido en el poder desde hace cuarenta años, el camino del pueblo soviético en dirección de formas de democracia y de Estado de derecho, es como el fin de un gran ciclo, de un gran sueño. ¿Qué cosa, en lo esencial, está llegando a su término?**

— Quiero decirlo sin ambigüedad que nosotros vemos el fin de aquel particular sueño, el del marxismo, como algo que se realiza mediante un proceso más bien largo. Y, como sabemos bien, este sueño ha cambiado en los años veinte y treinta. Hoy vemos precisamente el fin de la idea de que existe un proceso inevitable que conduce, después de un período de capitalismo, o como se lo quiera llamar, a la sociedad marxista o socialista.

— **Pero con el fin de este sueño, ¿usted considera que se deba renunciar a la aspiración de extraer de la convivencia humana algo mejor? Existen esquemáticamente dos opciones teóricas de fondo, la de una antropología positiva, o sea una visión del hombre como ser fundamentalmente positivo y que plantea fines positivos a la sociedad y la de una antropología negativa, o sea una concepción del hombre como entidad negativa, perversa, que tiene necesidad sólo de ser tenida bajo control a través de reglas e instituciones, ¿usted sugiere contentarse con la segunda?**

— No estoy tan seguro de esto. Tratemos de poner en claro algunas cosas fundamentales. El fin del marxismo significa ante todo el fin de la creencia en la inevitabilidad histórica de los fines de un movimiento particular, y luego, que todos debemos reconocer que el mundo es incierto y que debemos actuar antes que confiarnos a «fuerzas históricas» que realicen el trabajo por nosotros. Significa, en segundo lugar, el fin de la creencia de que la clase obrera sea el «sujeto de

la historia» y la fuerza principal del futuro. Numerosas circunstancias han hecho clara esta verificación. Y esto, a su vez, quiere decir que cuando actuamos debemos dirigirnos a gente de todos los grupos sociales. Y luego apelar a hombres y mujeres en cuanto individuos. En tercer lugar, está el fin de la noción de un mundo perfecto: el elemento utópico en la política ha sido derrotado, ha perdido. Por lo tanto debemos contentarnos con avanzar paso a paso, con cambios graduales pero estratégicos, como a mí me gusta llamarlos. Pienso por eso que todavía queda una tarea muy grande por cumplir por parte de una fuerza reformista: buscar lo que yo llamo las mayores *life chances*, las mayores posibilidades de vida para el mayor número de personas. Y mayor posibilidad de vida significa una combinación más eficaz de elecciones y de derechos que la gente debe tener a su disposición, una combinación eficaz de prosperidad y ciudadanía. Este es un objetivo para la política y la antropología que está tras de esta idea y, diría, una antropología realista, ni negativa ni positiva. No presumimos que el hombre es bueno y a la vez creemos en una bella sociedad gracias a su bondad, pero tampoco debemos ni siquiera presumir que el hombre sea una criatura malvada por naturaleza y que la sociedad tenga por objetivo protegernos del mal. No, se trata de una mezcla de cosas, fruto de una valoración realista, que lleva a un enfoque activista y no a uno determinista basado en la necesidad.

— **En sustancia, usted dice: menos Rousseau y más Hobbes.**

— No debemos dirigirnos sólo hasta Hobbes; detengámonos en Locke. Pero ciertamente menos Rousseau.

— **Hablemos del sujeto político que debe sostener una perspectiva de reforma. En su libro usted manifiesta dudas sobre una cuestión que afecta, en primer lugar, el futuro de la izquierda, o sea si de esta si-**

tuación cargada de riesgos pero también de oportunidades emergerá una nueva forma de socialdemocracia o un nuevo tipo de liberalismo radical. ¿Existen elementos que hayan modificado su incertidumbre?

— En lo fundamental sigo en la incertidumbre. Pero existe una diferencia entre el interrogante sobre cuáles son los partidos políticos que persiguen estos nuevos objetivos y aquello acerca de los grupos sociales que lo apoyan. En lo que respecta a los partidos pienso que tenemos un cuadro distintos en países diversos; basta ver la diversidad que resultó de las elecciones europeas. No es necesario hacer generalizaciones, pero en lo que respecta a las fuerzas sociales es verdad que, sea donde sea, no son tan identificables como lo eran en el período en que bastaba hablar de clases. En efecto, lo que es necesario hacer hoy es dirigirnos a individuos de toda una gama de *status* sociales, de posiciones de vida, a los jóvenes, a los ancianos, a gente que vive en la metrópoli, en el campo, que trabaja en las oficinas, a los trabajadores de las fábricas, a los desocupados, a las mujeres; en otras palabras, a una gran cantidad de aspectos que hacen mucho más difícil y precario vencer en las elecciones y mucho más incierta la identificación del sujeto histórico.

— **La dirección de su búsqueda no me parece por diversos aspectos en contraste con la de la socialdemocracia alemana, de la propuesta del IRSEE, que se interroga precisamente la cuestión del sujeto social. Se reflexiona ahora sobre la discusión que tuvo con Willy Brandt, cuando usted sostenía que la experiencia socialdemócrata pertenecía al pasado y carece de futuro. ¿La replantearía en los mismos términos?**

— Sí, la haría del mismo modo. No tengo idea de lo que sucederá en Alemania, si los socialdemócratas lo hicieran. Veo sin embargo, que no están pisando muy fuerte, que

no ganan los votos que los otros están perdiendo. Por el contrario, han perdido de nuevo y no parecen atraer la fantasía de un electorado activo. Mi insistencia en la capacidad de los sistemas políticos para cambiar es distinta de la de ellos. Pienso que soy fundamentalmente un *liberal* en el sentido tradicional, casi como un liberal del siglo pasado, como aquel que se llamaba *whig*; es decir, insisto sobre la iniciativa individual, en un Estado que pone al individuo en condiciones de, más que un Estado que dirija, que haga de jefe. Creo en la función del liderazgo y en las aptitudes empresariales emprendedoras, pero no estoy molesto porque a mi nombre se lo asocie con los socialdemócratas alemanes o los comunistas italianos. Existe una gran variedad de grupos que están buscando nuevas vías que yo encuentro interesantes.

— **Volvamos a los interrogantes de Bobbio: no se trata sólo de la pregunta sobre qué cosa seguirá a la derrota del socialismo, a la cual usted ya respondió insistiendo sobre los riesgos del fundamentalismo, sino que existe también la consideración de que no basta declarar la victoria de la democracia contra el comunismo para ilusionarse en el sentido de que los problemas de la sociedad se resuelven gracias al desarrollo y las instituciones democráticas... Pensemos en el sur del mundo pero también en las contradicciones que afloran en las sociedades desarrolladas.**

— Estoy absolutamente de acuerdo. Y pienso también en el norte de Inglaterra, que no ha tenido beneficio alguno de la enorme prosperidad de los años ochenta, o en el sur de Italia. Por eso yo no hablo de victoria de la democracia sino sólo de derrota del socialismo y del comunismo, porque pienso que de todas maneras es totalmente incierto saber quién venció. Dijimos que vencerán aquellos que creen en las posibilidades de vida para los hombres de cualquier parte que sean. Y vencerán sólo si hacen el esfuerzo de ir más allá de la creencia ingenua en el desarrollo eco-

nómico como algo capaz de resolver todos los problemas. No, no los resuelve. Y entonces la tarea está ante nosotros y no tras nuestro. Y la victoria está todavía lejana, muy lejana.

— **Eric Hobsbawm, en la *New Lef Review*, ha dedicado un ensayo al fin de la conciencia de clase como factor unificante de la política laboralista o socialista. Para los partidos de esta tradición el pasaje a una estrategia de progreso social distinta conlleva una cantidad enorme de problemas políticos y teóricos, ¿cómo juzga usted esta transición?**

— En primer lugar debemos hablar claro. No existe ninguna certeza de que estos partidos sobrevivan como fuerzas políticas importantes. A lo que asistimos hoy es al emerger de movimientos sociales, de *single-is-sue-groups*, de grupos que surgen a partir de un problema particular, que son frecuentemente al menos tan fuertes como estos partidos. Se trata por ejemplo de ecologistas, de grupos que defienden a los pensionados (pensemos en los votos de Luxemburgo), que defienden los derechos de las mujeres, que defienden el automóvil (por ejemplo en Suiza), que defienden numerosas cosas. No sabemos qué será de la estructura de los partidos. En segundo lugar si estos partidos quieren sobrevivir deberán alejarse, deberán abandonar la dependencia de ciertos grupos particulares y deben dedicarse más a políticas y a combinaciones de políticas con las cuales puedan atraer a todo un espectro de estratos de población. En tercer lugar que estas revisiones de los partidos existentes son verdaderamente dolorosas porque requieren una cantidad enorme de tiempo para desembarazarse de su pasado. Vincular el futuro con el pasado —preocupación que es comprensible— hace lentísimo el alcance de una nueva problemática. Pero ciertamente yo no soy la persona adecuada para resolver estos problemas. En todo caso estamos entrando en un período en el que todos los partidos acaso sean menos importantes de lo que fueron en la época de la conciencia de clase.

— Son cambios profundos que afectan ideas, símbolos, valores, por los cuales han sido gastadas enormes energías humanas.

— Yo soy, digamos así, un *one-man institution*, una institución constituida por una sola persona, o sea por mí mismo. No represento ningún grupo en particular. Y sin embargo usted me está hablando, otros me están hablando. Pienso que la clave de este fermento que estamos viviendo es una porción de pensamiento independiente. Pienso además que los partidos que se abren a este debate con el pensamiento independiente son aquellos que, con más probabilidades, realizarán la transición necesaria. Pero no existe ningún éxito garantizado. Nadie está en condiciones de hacer esta promesa.

— En la discusión sobre el futuro de los partidos está presente también el problema de su estructura operativa: existe el partido de masas, el partido de opinión, el partido de tipo norteamericano. ¿Cuál es la forma que considera más adecuada a la política que usted tiene en mente?

— Existen las diferencias entre países, por lo cual no se puede transferir simplistamente instituciones de un país a otro. Cuando llegue a Roma, invitado por el presidente de la Cámara, hablaré de las instituciones británicas y las describiré de un modo que espero sea interesante para Italia. La democracia británica es capaz de cambios, y un instrumento válido para criticar las instituciones de otros países europeos, más rígidos, menos permeables. Y este es el tema: cómo cambiar sin seguir desde luego el camino de la Thatcher. Pero no tengo ciertamente la intención de recomendar la traslación. De manera que querría que fuese tomado *cum grano salis* lo que quiero decir ahora: que estoy impresionado positivamente por las instituciones norteamericanas. Pienso que ellas están mejor adaptadas para este período

de cambio, a través de las clases, y a la elevada capacidad de absorber los nuevos movimientos sociales, las nuevas ideas.

— En su razonamiento sobre la tradición marxista y sobre los partidos que aparecen como agotados, sobre el movimiento obrero, ¿cuál es, según usted, el elemento que está en la raíz del deterioro en el plano conceptual y cultural? En resumidas cuentas, ¿cómo separar las motivaciones de generosidad que está en la base de todo de ciertas consecuencias?

— Es necesario distinguir entre nuestras sociedades y las del Este. No pienso que en nuestros países exista en la base una cuestión de generosidad, aquí el socialismo fue fundado a partir de la necesidad elemental de formar grupos para batirse en favor de derechos fundamentales. El socialismo en la Unión Soviética y en el Este ha sido algo muy distinto, ha sido un método alternativo de desarrollo. Ha llegado hasta un cierto punto y no más allá de él. Se podría hablar de esta transición, pero es una historia muy distinta la que estamos hablando ahora. Y nuestra historia es la de la reivindicación de derechos elementales para todos; y eso es algo fundamental, que debe ahora proseguir en circunstancias distintas. El error esencial por remover es la creencia en una única, justa e indiscutible solución: el rechazo de la incertidumbre del mundo en que vivimos. De aquí surgen las dificultades. Es necesario aceptar para la política y para la economía el método del *trial and error*, del probar, errar y corregir. Es necesario aceptar que la gente explore posibilidades que puedan resultar fallidas. La gente no conoce las respuestas, no puede conocerlas. Es importante que se pueda decir que están haciendo intentos honestos por resolver los problemas. Esta es la verdadera lección que hemos aprendido.

© L'Unità